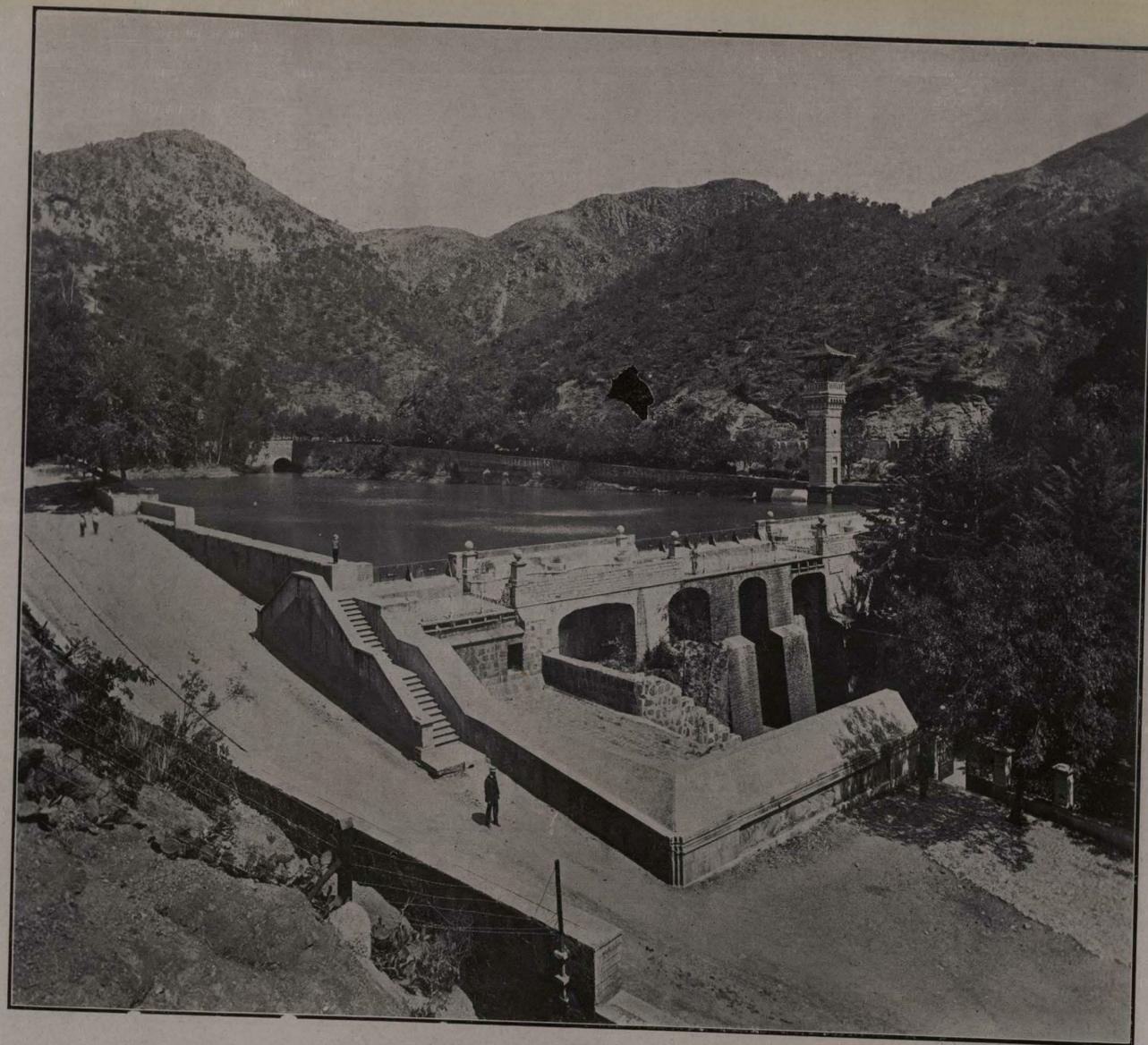


L. Goerne

• 282 •
TUNEL "PORFIRIO DIAZ". GUANAJUATO.

La posición de Guanajuato, entre montañas escarpadas que la cercan por todas partes; en el centro de una cañada encajonada, por donde se precipitan corrientes impetuosas; atravesada, en su centro mismo, por el río que lleva su nombre, y que si en días de seca no pasa de insignificantes arroyuelos, crece a pocas horas hasta convertirse en torrente irresistible, cuyo nivel, cuyas aguas desbordaban, naturalmente, sobre la ciudad, á la más ligera lluvia, estuvo á punto de ocasionar varias veces la completa destrucción de tan importante como floreciente mineral. En 1760 ocurrió una formidable inundación que ocasionó gran pérdida de vidas y estragos inmensos en Guanajuato. En 1888 el río de San Mateo se desbordó sobre las casas y colinas, produciendo un gran daño con impetu irresistible. Esta inundación ocasionó pérdidas que pasaron de tres millones de pesos. El 1.º de Julio de 1905 ocurrió tal vez la catástrofe más espantosa que ha sufrido la población. Una tromba de agua se precipitó sobre las cumbres inmediatas y toda aquella masa de agua se precipitó

sobre la presa de la Olla. La rebasó en pocos instantes y se vació sobre la ciudad, que en un momento vióse totalmente anegada, á merced de las furiosas aguas que destruyeron gran parte de los barrios pobres, arrasaron todas las plazas y paseos públicos de la ciudad y dieron muerte á gran número de personas. Se consternó ante aquella inmensa desgracia. Parecía que la rica ciudad, que ha atravesado por sucesivas épocas de florecimiento y decadencia, estaba condenada á no poder progresar definitivamente, á causa de aquella especie de espada de Damocles que perpetuamente la amenazaba. Entonces se resolvió concluir una obra colosal, que ya de antaño el General González venía ejecutando: practicar un gran túnel que desahogara el río, sin peligro, en el río que corre más abajo de la población. La obra era colosal, pero salvadora, y fué terminada por el Lic. Obregón González, bajo el gobierno del General Porfirio Díaz, cuyo nombre glorioso lleva este túnel inmenso, abierto en el vientre de la sierra para salvar á la ciudad.



PRESA DE LA OLLA, GUANAJUATO.

Por espacio de largos años, desde su fundación, á raíz de la conquista, por soldados y aventureros que seguían los pasos del sanguinario Nuño de Guzmán, Guanajuato sufrió la escasez de agua potable. No pocas ocasiones hubo de surtirse la ciudad, del agua no muy pura de algún mineral inmediato, y prolongadas temporadas, á pesar de los varios ríos y arroyos que cruzan sus inmediaciones, y no obstante las formidables inundaciones á que siempre ha estado sujeta esa población, el casco mismo de ésta, las residencias particulares, los jardines y las fuentes públicas, carecieron del precioso elemento.

Hacia 1741 el Cabildo guanajuatense resolvió remediar esa situación y acordó solicitar del virrey licencia para la construcción de una presa que abasteciera á la metrópoli. Eligióse para levantarla una hoya á hondonada que se forma entre las montañas cercanas, de donde le viene el nombre, por corrupción ortográfica, de Presa de la Olla, que todo el mundo le atribuye. Terminóse la obra nueve años después, hacia 1749; era de robusto calcanto, y se veían distribuidas en toda su longitud cinco medias columnas, que soportaban otras tantas estatuas de cantería.

Cien años exactamente permaneció la presa en esas condiciones, hasta fines de 1849, en que se emprendió darle la elegante estructura que hoy la caracteriza. Un sistema de tubos y cañerías conduce el agua de la presa á los jardines y habitaciones de la ciudad. La obra se compone de una serie de enormes depósitos, contruidos unos encima de los otros, y za de las eminencias vecinas. Toda la construcción es de robusta mampostería.

A la luz de la luna brilla fantásticamente la plateada superficie del agua allí almacenada, á considerable altura sobre el casco de la población. De día, á semejanza de gigantesco espejo, copia el caprichoso panorama: los altos cerros, la estrecha y escabrosa cañada, la exuberante vegetación que la rodea. Día de fiesta, de júbilo inmenso para los guanajuatenses, es la apertura anual de las presas, para la renovación de sus aguas; la ciudad entre las primeras vale citar la de Esperanza, magnífica obra que se debe al General Manuel González.



ESTATUA DE HIDALGO. GUANAJUATO.

Los hijos del Estado de Guanajuato no solamente se han jactado siempre de poseer uno de los minerales más ricos y la mina más notable del mundo; no sólo se enorgullecen, y con justicia, de pertenecer á la entidad federativa más poblada del territorio nacional; no se precian únicamente de su famoso *Buñío*, región agrícola de maravillosa fertilidad, capaz, ella sola, de constituirse en el granero de la República, sino que blasonan, asimismo, los bravos hijos de Guanajuato, de alentar acendrado patriotismo, de haber ofrecido cien veces su sangre generosa en holocausto á la Patria, de estar prontos á defender sus libertades, y de mantener vivo y ardiente en su pecho el sacrosanto amor del territorio donde vieron la primera luz. Entre las figuras históricas más veneradas por el pueblo de Guanajuato, la del Padre de la independencia descuella majestuosamente.

Los acontecimientos acaecidos en la ciudad á raíz del histórico grito de Dolores, el entusiasmo con que el pueblo acogió allí la sublime iniciativa de Hidalgo, el recuerdo de la sangrienta derramada, la gloriosa toma de la Alhóndiga, la proeza del obscuro hijo de la

ciudad, el denodado "Pípila," todos estos y muchos otros sucesos, no se han borrado de la memoria de los guanajuatenses, que vieron más tarde, con inmenso pesar, clavadas las cabezas de los libertadores, largos diez años, en los cuatro ángulos del histórico Castillo.

Guanajuato no podía menos de levantar un gran monumento á la memoria del Libertador, y le ha consagrado la grandiosa estatua de bronce que se admira en el Paseo de la Olla. Es muy conocida esta obra en la Capital, porque estuvo varios años en el patio del edificio de la ex-aduana, en la plazuela de Santo Domingo. Fué modelada y fundida en Italia, por el escultor Trabachi.

Es de tamaño colosal: la actitud inspirada y sencilla aparece llena de idealidad y grandeza. La figura del Cura, en esta estatua, impresiona gratamente, aunque el tratamiento plástico de la obra haya sido tachado de vacío y aislado; lo cierto es que no hay otra mejor del héroe en la República, y no es posible negar que el escultor supo darle la expresión sublime con que alienta la memoria del mártir y del héroe en el corazón de todo mexicano.



CALLE DE LA CONSTANCIA. GUANAJUATO.

El artista, se creyó en la obligación de tomar varias vistas de las calles de la ciudad de Guanajuato, que son algo de lo más peculiar, pintoresco y sorprendente que es posible admirar en el país. Si las calles de la ciudad de Jalapa llaman la atención por sus pronunciadas pendientes, su piso irregular ó los ángulos caprichosos en que se cruzan, todavía resulta más interesante el estudio de la calle de la Constancia, que seguramente no tienen igual en el mundo á este respecto. Verdaderas acuarías contemplan por doquiera el viajero que visita esta población. Todo es extraño y pintoresco. Apenas puede creerse que haya sido construida una ciudad fuerte entre tan ásperas y empinadas cumbres, á lo largo de una ladera tan escarpada y aislada, que el viento levanta el polvo por donde en otros tiempos corrían desbordadas y terribles las aguas de las lluvias torrenciales que descargan furiosamente en los cerros vecinos. Y sin embargo, allí está la ciudad, aglomerada y en desorden, apiladas las casas unas sobre las otras, construidas sobre las laderas opues-

tas de dos cerros gigantescos, el de San Miguel y el del Cuartito, que se ven guen frente á frente. Tan extraña es tal configuración, que al verse uno en medio de aquellas calles tortuosas que serpentean por las vertientes de los montes, se cree á veces que las casas están colgadas de las peñas, y tal parece que se camina por los bordes de un abismo, y que de un paso ve allá abajo, á ochenta ó cien varas de profundidad.

Esta configuración de las calles se convirtió en verdadero laberinto en las horas aciagas de las inundaciones; pues si de todas maneras forma un acéfalio, este hacinamiento y desorden se aumentaba cuando las aguas descendían por la ciudad y se inundaban con estruendo las muchas presas particulares que existen en ella, y allí se veía el agua salir del nivel inferior. Con frecuencia se dió el caso, sobre todo en la inundación de 1905, de que, subiendo el agua hasta los techos de muchas casas bajas, sus moradores tuvieron que romperlos para escaparse por las azoteas.